

ELÍAS PÉREZ SOSA

EL ESPÍRITU
DEMOCRÁTICO
DEL
LIBERTADOR

ES BOLIVARIANAS

El tema de su disertación — "El Espíritu Democrático del Libertador" — es harto sugestivo. Usted ha hecho un estudio, a la vez psicológico e histórico, ahondando en las características espirituales del héroe i estadista, para poner de relieve el espíritu democrático — que no todos han percibido — de aquel gran inductor de hombres i de pueblos que conocía, como pocos, la psicología de las multitudes i las necesarias orientaciones de una revolución emancipadora i evolucionista por excelencia. — *Federico Henríquez i Carvajal*, Santo Domingo, noviembre, 1934.

Lo felicito a Ud. muy cordialmente por el mérito histórico y por el mérito literario de su trabajo. Y lo felicito sobre todo, porque Ud. ha puesto de relieve el valor de la vida del Libertador, como punto de orientación para el pensamiento y para la acción de los pueblos que veneran su memoria. — *Esteban Gil Borges*, Washington, D.C., noviembre, 1934.

Al ilustrado escritor venezolano señor Elías Pérez Sosa, todo mi agradecimiento por el regalo de su magnífica conferencia "El Espíritu Democrático del Libertador", que acabo de leer con vivísimo interés. Mis felicitaciones entusiastas y saludos muy cordiales. — *Juana de Ibarbourou*, Montevideo, febrero, 1935.

Recibo su folleto "El Espíritu Democrático del Libertador". Gracias por este obsequio valiosísimo por la exposición clara y serena de su mentalidad bien nutrida y por la meritoria labor de estudio del Libertador. — *Ramón Romero*, Managua, noviembre, 1934.

Me ha gustado muchísimo su conferencia "El Espíritu Democrático del Libertador", por su exactitud y profundidad bajo muchos aspectos. — *Vicente Lecuna*, Caracas, octubre, 1934.

Me ha causado verdadero placer la lectura de su valioso ensayo "El Espíritu Democrático del Libertador". Habla Ud. con vigor y franqueza; cualidades imprescindibles para poder acercarse con dignidad a la vida maestra de Bolívar. También Ud. concreta, como otros entendemos, el espíritu del Libertador en fuerza viva, lo cual implica, primero, comprensión, y luego, estímulo ejemplar. — *Santiago Key Ayala*, Caracas, noviembre, 1934.





**BASE LEGAL PARA DIGITALIZACIÓN DE
LIBROS CON DERECHOS DE AUTOR**



El Sistema Integrado de Bibliotecas de la Universidad Central del Ecuador, digitalizará su acervo bibliográfico siempre y cuando sea para fines educativos y de investigación. No se permite la reproducción y distribución para la comercialización directa e indirecta del mismo

La digitalización del material bibliográfico se lo realiza de acuerdo al Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación Art. 212 numeral 9, Literal II "(...) Una biblioteca o archivo podrá, además, realizar los siguientes actos (...) La reproducción electrónica y comunicación pública de obras de su colección para ser consultadas gratuita y simultáneamente hasta por un número razonable de usuarios, sólo en terminales de redes de la respectiva Institución o para usuarios de esa Institución bajo su control, en condiciones que garanticen que no se puedan hacer copias electrónicas de esas reproducciones" y literal VII "La reproducción, adaptación, traducción, transformación, arreglo, distribución y comunicación de una obra protegida por derechos de autor o una prestación protegida por derechos conexos, en uno o más formatos accesibles para el uso exclusivo de personas con discapacidad"

Este material se considera un producto intelectual a favor de su autor; por tanto, la titularidad de sus derechos se encuentra protegida por el Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación. La violación a dichos derechos constituye un delito que será responsabilidad del usuario.

92 Bolívar
B689 p.

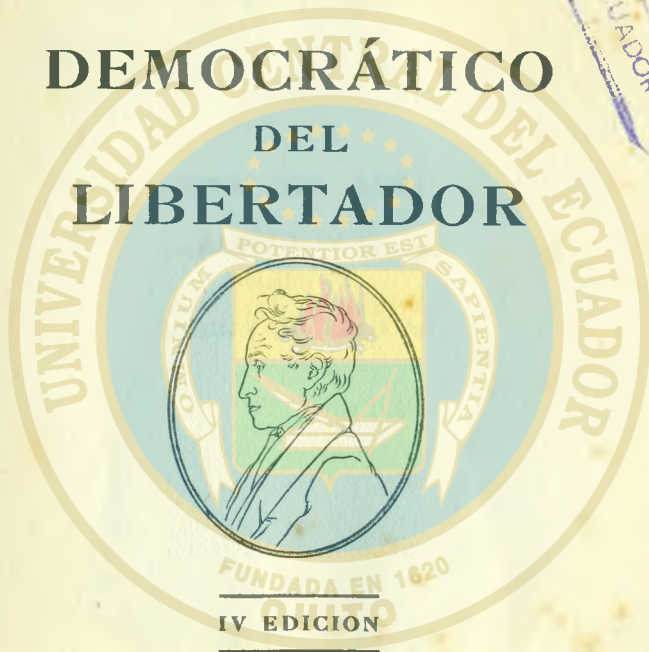
ALTA # 3024793

ELÍAS PÉREZ SOSA

A-H

BIBLIOTECA
DE LA
UNIVERSIDAD CENTRAL
QUITO-ECUADOR

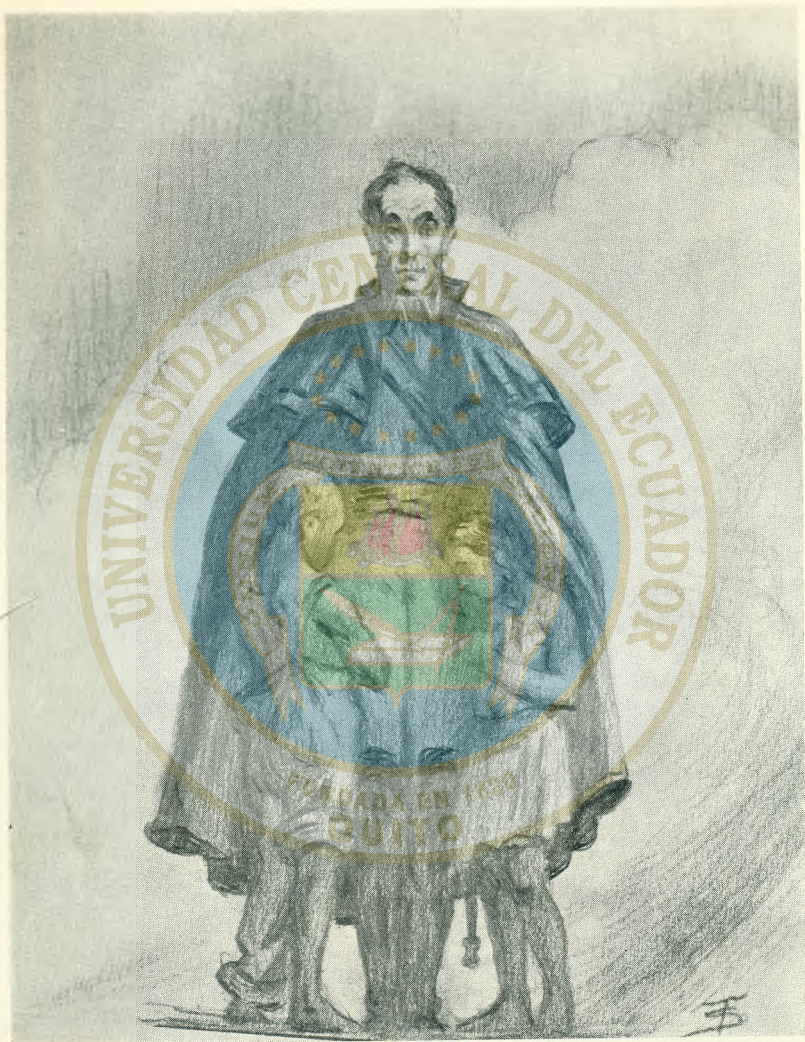
EL ESPÍRITU DEMOCRÁTICO DEL LIBERTADOR



IV EDICION

CARACAS
LITOGRAFIA DEL COMERCIO
1939





"EL ESPIRITU DEMOCRATICO DEL LIBERTADOR"
DIBUJO ORIGINAL DE TITO SALAS, PARA ESTA EDICION



INTERPRETACION DE
“EL ESPIRITU DEMOCRATICO DEL
LIBERTADOR”

por el doctor Vicente Lecuna.



EL señor Elías Pérez Sosa nos ha dado, en su conferencia "El Espíritu Democrático del Libertador", leída en La Guaira en junio de 1933, una impresión perfecta de la personalidad moral de Bolívar.

Nadie ha penetrado mejor el inagotable espíritu de sacrificio que animaba al héroe en favor de los hombres, y en estas cortas líneas, con unos cuantos rasgos nos lo presenta siempre abnegado y dispuesto a consagrarse al bien de los demás, y a sólo emplear sus pasiones en combatir por la igualdad y la justicia.

Al más fino sentido de observación une el señor Elías Pérez Sosa irresistible tendencia a decir la verdad, tal como él la ve y la siente. Estas nobles cualidades son sus mejores títulos a la estimación de sus conciudadanos.

Vicente Lecuna.

Caracas, 5 de diciembre de 1939.



PARAFRASIS



UNIVERSIDAD CENTRAL
CONTROL DE BIENES



3024793



SIN pretensiones literarias y sin puerilidades de falsa modestia, doy a la imprenta este trabajo con el solo objeto de satisfacer una legítima ambición: salvarlo del olvido. No por temor a la anonimia, cuyas fronteras hace tiempo mi fe de luchador traspuso, sino por mera complacencia personal. Creo justo siempre este orgullo cuando no hay bastardías de por medio que lo impulsen ni pobreza de cariño que lo anulen. Es una convicción que disfruto sinceramente, aparte de todo envanecimiento. No me movió nunca esta finalidad mezquina en ninguna de mis actuaciones. Mi dignidad ha sabido librarse hasta ahora del halago morboso de las vanidades. Si algo he aportado al incremento cultural de estos pueblos, como quiera que no trabajé a base de estipendios, no me siento inclinado a ostentar títulos cuya conquista jamás me entusiasmará.

La gratitud es absolutamente una virtud doméstica. Pasa con ella lo que con la popularidad respecto de las masas: que por más afirmativa que parezca sus resultados son siempre condicionales. Por esto, cuanto hice, hecho fué

no para que me lo agradecieran, sino POR HACERLO. Por el goce infinito de satisfacer ese "descontento divino" que no reconoce esperas ni aspira a reconocimientos...

De ahí que cuando la Sociedad "Vínculo de Caridad", de La Guaira, me pidió que fuera yo quien dictara la quinta Conferencia de la serie que venía efectuando en conmemoración del sesquicentenario del Libertador, me prometí a mi vez, sin reclamos de atributos secundarios, honrar esa ofrenda haciéndola más digna de su patriótico objetivo.

Dije mi trabajo escudado en esta confianza y seguro de ganarme algunos aplausos; pero, hartó convencido también de mis deberes de idealista y de realizador. Conservo desde entonces esas páginas sinceras que se ennoblecen de cariño en la APOLOGIA. No pretendo sentar cátedra de retórica para justificar su constancia. Es una honra que cedo de buen talante a la sutileza del lector.

Ecléctico, por madurada convicción, abomino de los fetiches y de los narcisistas. El laude se acepta o se rechaza. Los llamados compromisos de honor no rezan con esta deuda. Hasta la vanidad puede permitirse el lujo de quedarse inclusive con el trueque. Pero, es tan rara la comprensión, que no hay goce puro que

supere a la alegría de ganar un afecto, y tanto más aún si como el de mi presentante tiene la verticalidad de la honradez intelectual y la solvencia del querer desinteresado.

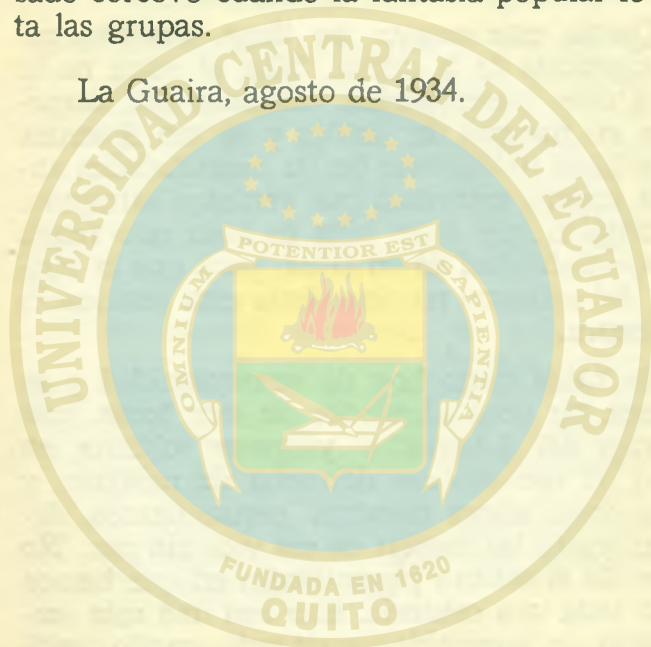
Quizás este ensayo no llene, sinembargo, las exigencias de la crítica. Mas, al autor no le agobia esta preocupación. Estamos tan inapetentes en materia de ideales y es tan dolorosa esta actitud indiferente de las comunidades ante esa anemia espiritual que venimos sufriendo, que todo lo que hace falta es cada uno tenga la responsabilidad de su labor, para que la virilidad del esfuerzo no desmienta esta conciencia del decoro.

Se habla tanto hoy de venezolanidad y se fantasea no poco alrededor de este tema, que la figura del Libertador yérguese solitaria en medio de ese confuso derroche de palabras, y nunca como ahora nuestros pensamientos debieran seguir las huellas de esa vida sin par. No dentro de la actitud pigmaliónica en que hemos vivido toda una centuria, sino con una más recta visión de humanidad y un más amplio sentido de comprensión.

Conocida, pues, la naturaleza meramente educativa del propósito que me guía, no siento ya la inquietud de defraudar tus esperanzas, lector, al apartarme de las caducas modalidades

que preconizan la Igualdad, la Fraternidad, la Unión, que es el caballo de batalla de la orfebrería tribunicia y el cual apenas esboza un cansado corcovo cuando la fantasía popular le azota las grupas.

La Guaira, agosto de 1934.





APOLOGIA



ES con marcado gusto y extrema complacencia que acepto la honrosa designación recaída en mí para hacer la presentación del amigo que va a dictar la Conferencia de esta noche, correspondiente a la quinta de la serie organizada por este selecto Cuerpo Social en homenaje al Libertador.

Pero decidme: ¿quién de vosotros los aquí congregados, ávidos de escuchar el verbo del conferencista, no conoce a Elías Pérez Sosa, si no personalmente, al menos por las brillantes huellas de su paso por la república de las letras, por su tesonera actuación en los estrados del periodismo nacional, por sus múltiples incursiones espejeantes en todo cuanto diga relación o pacto con los empujes culturales de la evolución social contemporánea?

Elías Pérez Sosa, con ser aún tan joven, lleva ya trajinado un largo trecho de profícua labor regeneratriz en los altos postulados del espíritu; labor de apóstol, de prosélito de toda Causa noble y redentora que mire, con pupila firme al través del prisma de la voluntad, hacia

altitudes de avanzado patriotismo, de nobles ambiciones y de sincera confraternidad social en pro de la perfección moral del hombre.

Su dicción como cultor de las bellas letras, es sobria, concisa, serena, depurada, esto es, sin ampulósidades rebuscadas en el léxico de las formas externas que informan el convencionalismo común: expone su criterio combativo con singular aplomo, extractando fielmente de todos los filamentos de su raigambre íntima, las netas vibraciones que esencializan su dinámica eficiencia, sin velarlas con tropos efectistas de mal gusto ni con sofisticas trivialidades tan en boga en los modernos cánones de las concepciones ideológicas. De aquí que su actuación como luchador de buena estirpe en toda lid cultural de patrióticos eslabonamientos, proyecte resplandores de simpática transcendencia en la extensa pantalla social y pública, y sugiera a la vez una como entusiasta emulación en el pecho de todos sus correligionarios enamorados del Ideal. Su ecuanimidad, sólida como edificio de construcción antigua, triunfa en todo tiempo sobre las chatas miserias de la vida: y así vemos a menudo que no hacen mella en su epidermis moral, en su férrea tenacidad de obrero de la idea, los desengaños, los reveses y las incomprendiones del indiferentismo colectivo con que suelen ser correspondidos cuantos trajinan a la

vera de todo bello apostolado. Vencido hoy, surge al otro día con nuevos bríos como Anteo, presto a darle un puntapié al escepticismo para abrirse paso nuevamente por los senderos del Ideal, tal como lo veremos dentro de breves momentos alzar su pensadora frente por encima de los pretéritos contratiempos del medio hostil en que se debate, para tender la mirada hacia los vastos horizontes del porvenir que en lontananza lo saluda con sus más prometedoras sonrisas.

Tal es, respetable auditorio, la personalidad moral e intelectual del que en seguida os va a deleitar con sus robustas conclusiones en torno a una de las facetas de la obra ciclópea de Simón Bolívar.

Fabio M. Bocanegra.

La Guaira, 24 de junio de 1933.

FUNDADA EN 1620
QUITO





**EL ESPIRITU DEMOCRATICO DEL
LIBERTADOR**





I
DECIA Martí, que para hablar de Bolívar había que tener por tribuna una montaña y un manojo de pueblos libres en la mano. Y a la verdad que sería inaudita pretensión querer transformar en un otro Sinaí esta modesta atalaya del pensamiento e imaginar en cada uno de vosotros la representación de esos pueblos que soñara para asiento de su verbo encendido el apóstol cubano.

Indudablemente que esperar de la nada metamorfosis semejante sería tan absurdo como tenderse de cara al sol en mitad del camino para que las aves del cielo vinieran a mitigar nuestra hambre o nuestra sed.

Sinembargo, no hay temor de suponeros ambiciones que la misma circunstancia que aquí nos reúne bastara a desmentir. Pero le hemos tomado tal apego a ese sórdido espectáculo del NO HACER, y nos sentimos tan a gusto en esta actitud indiferente de equívoca masculinidad, que el milagro parece haber sorteado las anfractuosidades de la metafísica para adquirir lineamientos y modalidades fundamentales.

Dijérase como si nos hubiésemos convencido demasiado pronto de que el título de quijote con que antaño hasta solíamos envanecernos, no encaja ya dentro de los actuales módulos, puesto que no sólo esta biológica transformación liquidó aquellas ROMAS SOFISTICUERIAS, sino que en el proceso evolucionaron también esos promisoros entusiasmos que tan sabrosos frutos nos brindaron los huertos del espíritu.

Es justo que no se vaya hoy a la aventura de los molinos. Pero no es posible reprimir un gesto de rebelde descontento al observar cómo el HOMBRE DE IDEAS, tipo de selección genuinamente idealista, haya trocado sus gallardos arreos de realizador por la simiesca oropelería del sancho intelectualizado.

No negaremos que son tan marcadamente utilitaristas los tiempos que corren, que la vida apareja urgencias que sólo dentro de un amplio sentido práctico se pueden recabar. Pero esto no justifica el hecho de que hasta las más nobles voliciones del espíritu tiendan a mercantilizarse, toda vez que, si se mixtifica el ideal, que es el gestador de la emoción estética, el esfuerzo de mejoramiento, que también obedece a leyes biológicas inapelables, deja simultáneamente de ser aspiración colectiva, y el estagnatismo que esta disensión provoca, subvierte aquel natural anhelo de renovación.

Por eso es de todas formas inexcusable ese desentendimiento, hoy tan standardizado, que relaja cada vez más el verdadero sentido de la acción moral en el campo de las especulaciones filosóficas y cuya función negativa nos coloca en evidente situación de inferioridad ante otros pueblos, asimismo vigorosos y jóvenes, pero más cultos, no por la densidad de población, sino por su mayor inquietud psíquica.

Nuestra juventud adolece, en su mayor parte, de estas preocupaciones, porque el vértigo no es compatible con la reflexión ni el desenfreno transige con la madurez. Pero esta generación desorientada, no por falta de valimiento, sino por el período artificioso que le ha tocado vivir, sufre más de cerca el influjo de agravantes étnicos que no pueden escapar a ese orden biológico que fisionomiza a los pueblos cronológicamente y a cuya aquiescencia están sujetos nuestros más íntimos problemas económicos y sociales.

Admitimos que si se toma el factor geográfico como agente de evolución, nosotros podemos considerarnos muy favorecidos. Pero de poco sirve ese renuevo civilizador si a la detención de los elementos que afectan directamente la existencia no concurre, en idéntico sentido profiláctico, la destaración de la raza. Corroboro este criterio, de un modo panorámico, esa ac-

titud contemplativa en que vivimos respecto de nuestras tradiciones heroicas, como si ya no tuviésemos nada que esperar del porvenir y ante cuyos ídolos sólo reaccionamos instintivamente.

Mientras, nos sobran argumentos para depreciar lo nuestro y adoptar lo extraño, llevados de una hidalguía que no se compadece con las más nimias necesidades ambientales, siendo las más de las veces presas fáciles del soborno o del embaucamiento.

Esta bondad absurda, que nos hace incurrir frecuentemente en un snobismo desatentado, obra de manera retroactiva sobre nuestra personalidad y acentúa aquella anímica lasitud que nos mantiene en perenne confusión en lo que atañe a nuestros propios valores, al margen de cuyas sinuosidades se percibe el rescoldo de esa teratológica morbosidad que priva en nosotros idiosincrásicamente.

De grado o por fuerza hemos, pues, de convenir que, exceptuando aquella minoría que espontáneamente hay que salvar de los conceptos generales, estamos desprovistos de idealidad. Somos un edificio torcido que necesita reconstrucción. Aunque haya que seleccionar materiales que no estén al alcance de todas las manos.

Entre tanto, es paradójico hablar de nacionalismo o de venezolanidad, puesto que desidia y desvalorización son sinónimos y la ausencia casi absoluta de los dos factores constitutivos que fijan el valor histórico de aquel ideal, a saber: aptitud de concebir y facultad de realizar, dan la prueba más concluyente de nuestra desintegración. Empero, esta falta de unidad, que no hay que confundir gregariamente con ese sentimiento múltiple, nacionalizado, que informa el espíritu patriótico, propiamente dicho, no es de carácter específico, como pudiera creerse, es decir, producto de la educación o del ambiente, sino de honda raigambre racial, porque aunque con distintos prismas, siempre hemos sido lo mismo.

Y no es que ello acuse pobreza de mentalidad, ya que intelectualmente tenemos fama de fecundos. Lo que ocurre es que, así como somos todo tolerancia para con los de afuera, la indolencia y el egoísmo son nuestros elementos afines solamente reservados para nosotros y ni el talento más ecuánime puede sustraerse a los morbosos efectos de esa carencia de compenetración espiritual, cuya virtud nunca hemos conocido.

Tal es la resultante objetiva de ese desconcierto ante el cual prefieren cruzarse de brazos los soñadores de abalorios. No obstante, no es

cuanto somos lo que importa, sino lo que podemos ser. Responsabilidad que las comunidades no debieran eludir a fin de habitar a las masas a ese gimnasio para que no sean cogidas de sorpresa en sus propios sectores por el nefasto señuelo de venenosas doctrinas.

Somos los primeros en reconocer que hay directores entusiastas capaces de aportar todo el cariño y buena fe que obras de esta índole reclaman. Pero solamente buenos propósitos no bastan. Y es lo que generalmente pasa cuando el ideal está avaluado en el halago de las recompensas inmediatas. De aquí que cada vez sea mayor la legión de los que PUEDEN hacer y no hacen, y como el indiferentismo es lo único común que nos posee, apenas si podemos oponer a ese fatal fraccionamiento una débil valla de sueños inútiles...

Pesa más que el dolor de Sísifo este castigo. Sinembargo, todavía hay quienes imaginan alcanzar la luna como por arte de birlibirloque. De tal suerte, que se hace ya harto difícil encontrar el tema seductor y palpitante que perdure poco más allá del eco de la voz de los pensadores, generalmente extinguido por la fanfarria camandulera de ambiguos postulados.

Síntomas evidentes de degeneración son éstos, cuya amenaza no sólo alcanza aisladamente

al individuo negado para toda función creadora, sino que tiende al completo desequilibrio del andamiaje social. Mas fuera menester remontarnos a la esencia misma de nuestra constitución étnica para encontrar la característica primaria de este aparente MAL DE LA EPOCA, cuya endemia no es otra cosa que el triste sedimento de esa tara atávica antropológica que en muchos pueblos de América la civilización ni la cultura han logrado del todo contrarrestar aún.

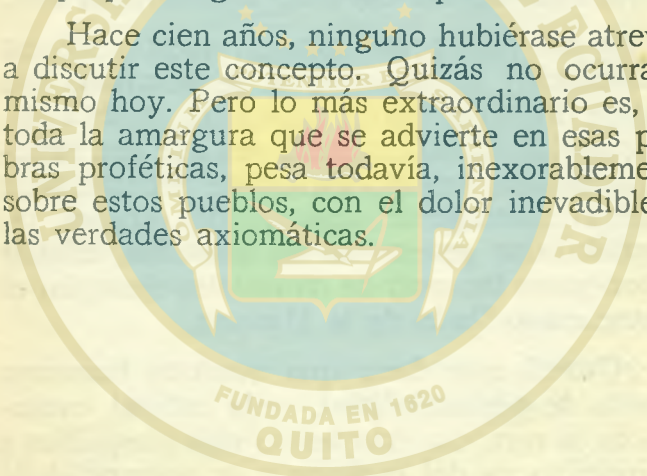
No nos releva, sinembargo, nuestra híbrida conformación, de esa carencia de moralidad que se palpa dentro de los diversos aspectos de nuestra actuación ciudadana, toda vez que con factores raciales sin vestigio alguno de depuración, a no ser el contingente negativo del español inadaptado, una generación de mestizos, criollos y aborígenes fecundó de inmortales ejemplos el vientre maravillado de la Historia.

¿Querrá esto decir que nuestros humanos anhelos de perfectibilidad, y la natural evolución de la raza, nos han hecho más asequibles a las mutaciones del carácter y la personalidad?

Lo cierto es que vivimos del pasado, y esta conciencia de lo que fué, hace más melancólica la hora presente y pone un sabor de pesadumbre en la justa ansiedad del porvenir.

¿Dónde encontrar entonces la causa de esa enervante apatía que no responde al vigoroso accionar de aquel mestizaje casi primitivo que tanto fatigó a la gloria en los albores de nuestra vida republicana? El mismo Libertador va a decírnoslo: "Los españoles se acabarán bien pronto; pero nosotros, ¡cuándo! Semejantes a la corza herida, llevamos en nuestro seno la flecha, y ella nos dará muerte sin remedio, porque nuestra propia sangre es nuestra ponzoña".

Hace cien años, ninguno hubiérase atrevido a discutir este concepto. Quizás no ocurra lo mismo hoy. Pero lo más extraordinario es, que toda la amargura que se advierte en esas palabras proféticas, pesa todavía, inexorablemente, sobre estos pueblos, con el dolor inevitable de las verdades axiomáticas.



II

BASTA considerar, pues, si hoy, con los beneficios derivados de la educación y de los múltiples factores que halagan la vida moderna, todo esfuerzo noble fracasa y todo ideal desinteresado es una utopía, ¿cuál habría de ser la poderosa voluntad de aquel genio incomparable, que así tuvo que luchar en medios incultos con estas "condiciones de índole y de raza", aun a despecho de los que siendo esclavos se resistían a ser libres?

Anúlense por sí mismas todas las digresiones de la crítica, al observar cómo aquel hijo de nobles patricios españoles, que se gasta en tres meses en Londres 150.000 francos, que sostiene en Madrid y Lisboa "tren de príncipe", y va de corte en corte dejando a su paso una flamante estela, diríase que aladinesca, tal la fastuosidad de que se rodea, haya podido renunciar a su señorío y a sus bienes y cambiar aquel ambiente de refinada aristocracia por el yelmo de Mambrino, la lanza y la loriga, y quince años de continuo trotar a lomo de Rocinante por los ingratos caminos de América, hasta morir paupérrimo.



mo y proscrito después de haber realizado el hecho más portentoso que difícilmente volverán a contemplar los siglos.

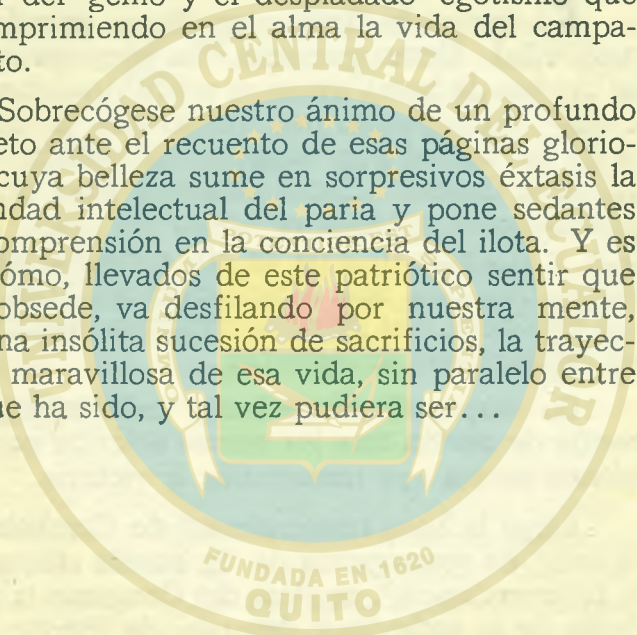
Es botarate y caballeresco a un mismo tiempo en el otorgamiento de sus dádivas. El dinero no cuenta en sus ambiciones. Es una facisnación que él no siente, porque place más a las grandes almas dar que recibir. Su caudal es inagotable como su genio. Y mientras aquél se diluye entre las desventuras de sus amigos y el agobio de los desgraciados, éste se da con idéntico desinterés en ofrenda de la más noble de las necesidades: la libertad de su patria.

No hubo ni habrá jamás conquistador alguno que pueda equipararsele en semejante despilfarro. Es un análisis que sólo el alma de Bolívar resiste. Estréllanse ahí todas las dudas ante la grandeza epónima del Héroe, porque no cabe actualizar facultad volitiva alguna que denote pensamiento o cálculo en un acto que, por su índole, es en él puramente genésico, es decir: anterior a la voluntad. DAR POR DAR, sencillamente, fuera del metabolismo del cerebro y del albedrío del sentimiento.

Confunde hasta a sus propios enemigos la magnitud de su abnegación, porque el gesto es tan espontáneo, que la merced se ennoblece en sus manos. Y es de una permeabilidad tan ex-

quisita aquella extraordinaria naturaleza, que hasta en los períodos más hondos y trágicos de su existencia adviértese ese alto espíritu de generosa solicitud, que es como un destello de la divinidad brillando entre el relampagueante trepidar del genio y el despiadado egotismo que va imprimiendo en el alma la vida del campamento.

Sobrecógese nuestro ánimo de un profundo respeto ante el recuento de esas páginas gloriosas, cuya belleza sume en sorprendivos éxtasis la orfandad intelectual del paria y pone sedantes de comprensión en la conciencia del ilota. Y es así cómo, llevados de este patriótico sentir que nos obsede, va desfilando por nuestra mente, en una insólita sucesión de sacrificios, la trayectoria maravillosa de esa vida, sin paralelo entre lo que ha sido, y tal vez pudiera ser...



III

EL genio de Bolívar no tiene pasado ni posteridad. Como guerrero, "su epopeya cuenta 15 años de lucha sin cesar y 472 funciones de armas", "recorriendo más tierras con la bandera de la libertad que ningún conquistador con las de la tiranía". Como estadista, llega en sus previsiones a predecir el futuro de estos pueblos, y al efecto, nos da de ello ejemplos sabios que ya quisieran para sí eminentes políticos. Como legislador, nos deja los principios básicos de las democracias de América.

Su desprendimiento borra toda mezquina huella de pasión tras los surcos abiertos por los bélicos arreos que inmortaliza la victoria.

Llega la hora trascendental de Carabobo, y Bolívar, en recompensa de "la batalla clásica de la Independencia", implora del Congreso la abolición de la esclavitud, después de libertar sus propios siervos africanos en San Mateo que representábanle un valor de más de 25.000 duros, porque él quiere que todos los hijos de Colombia, sin distingos de clases ni de castas, sean

libres y felices. Se aureola Ayacucho con el Iris de la Libertad, y Bolívar rechaza el millón de pesos que decreta para él la gratitud del Perú, por considerarlo humillante para su gloria. Sin embargo, instado por la empeñosa prodigalidad de los agradecidos limeños, dispone que se le entreguen 100.000 francos al sabio inglés Lancaster a fin de que se traslade a Caracas, tal lo efectuó, y fundase allí centros de educación, y como quiera que los agentes del Perú en Londres no pueden luego cubrir las letras, paga Bolívar los 100.000 francos de su peculio personal.

Regala a un amigo, Fernando Peñalver, su equipaje y sus joyas para librarlo de la miseria, "Su sueldo, cuando la necesidad le obligaba a cobrarlo, dice Posada Gutiérrez, lo empleaba casi todo en socorros a las viudas, en auxilios a los militares y en limosnas a los pobres vergonzantes. Hasta su quinta, en las inmediaciones de Bogotá, que cualquiera otro hubiera conservado como un retiro en circunstancias posibles, la regaló a un amigo suyo. El último soldado que acudiese a él, recibía, cuando menos, un peso. Espadas, caballos, hasta su ropa misma, todo lo daba; así no sólo era respetado y querido, era idolatrado; pero quedaba en la indigencia".

Tal es la cumbre ingente donde la figura del Libertador resplandece por encima del nivel que en la Historia ocupan César y Napoleón,

no obstante las innobles discrepancias que aun suscita "la obra de su genio y de su espada" y por más que las trompas de la Fama hayan sonado más reciamente para pregonar las conquistas del héroe de Farsalia y del vencedor de Austerlitz.

¡Errores en Bolívar! ¿Y por qué nó? Delinquir no es, propiamente, una facultad de los tontos. La naturaleza humana del genio no puede eximirse de ese impuro sedimento, valga o no la hipótesis lombrosiana de las causales epileptoides. Por esto, divinizar el genio es reducir el hombre al *minimum* de potencia, degradarlo negándole el derecho de elevarse hasta él. Tal es el caso de Bolívar. Su obra es el mejor exponente de esa lucha, y sus errores no son sino el eco sordo de ese constante forcejeo entre sus ideales y las asechanzas del propio barro.

Belígero, por inclinación de su temperamento dinámico y ardiente, es el pensador de "las ideas de fuego", el orador contundente que electriza a las tropas con sus proclamas. Magnánimo, pero terriblemente justiciero, es incentivo para la acción el ardor de los pensamientos. Su voluntad no conoce indecisiones, porque pactar con la indiferencia es descender a la mediocridad. Sabe lo que quiere, y sus deseos responden a esa maravillosa captación que fisono-

miza su espíritu realizador. Es combatido, porque todos los que le rodean se sienten inferiores a ese sér, de físico insignificante, que les subyuga con una mirada y les confunde con un ademán.

Afirmaba Morillo, que infligida la derrota era cuando Bolívar subrayaba de heroísmo su rebeldía. Y nada más cierto. Porque el Libertador, con aquella penetración clara e íntima de las cosas, que era una de sus características esenciales y que él aplicaba siempre felizmente, hasta en los hechos menos lógicos, comprendía mejor que ninguno el elemento levantisco y casquivano con que tenía que habérselas, por cuanto no era sólo el amor propio lo que se jugaba en la empresa de la Independencia.

Su recio idealismo, que las pasiones comunes no dejaban prosperar, de ningún modo iba a apoyarse en el vano ascendiente del rango o de la fortuna, porque el fracaso era sinónimo de disidencias, o de tibieza, a lo menos, y era entonces cuando él debía realizar el mito de Vulcano para sacar todo el partido posible de aquella fragua en que se caldeaban tantos odios y rencores, cada vez más amenazantes por el fácil combustible de los atavismos étnicos, que la bellicosidad de la lucha violentaba.

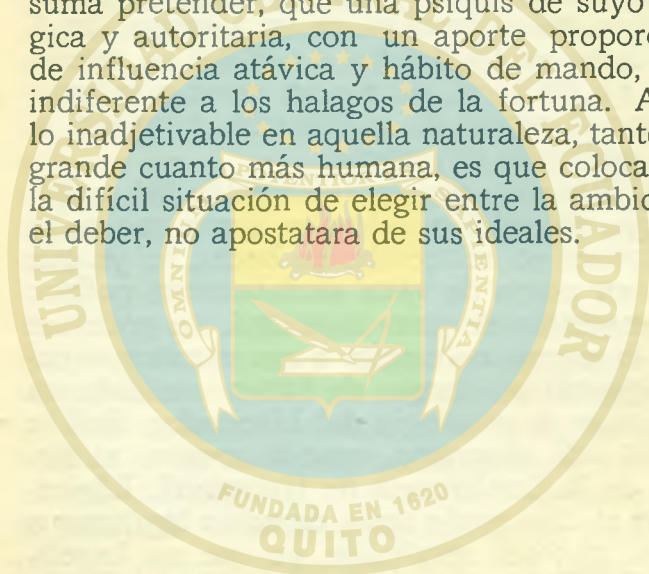
De que EL ERA LA REVOLUCION, como escribía a Fernando VII el mismo general español, no cabe duda, porque si en efecto había muchos otros revolucionarios capaces para hacer la guerra, en cambio, sólo dentro de la poliédrica multiplicidad de aptitudes del genio de Bolívar cabía la facultad de imponerla. De ahí esa fuerza desconocida que parecía arrebatarse en llamaradas de predestinación las veces que el infortunio pretendió hostilizar sus planes, porque no había sacrificio alguno que él no estuviese pronto a hacer para salvar de una ruina cierta, aquel deseo de patria grande que polarizaba su existencia y en el cual estaban comprometidos su gloria y su honor.

Por manera, pues, que son en él tan concomitantes el empaque marcial y el aporte cualitativo de las virtudes cívicas, que no sabemos si admirar más la estructuración psicológica del ciudadano o las características somáticas del soldado. Lo cierto es que, desde el Aventino hasta Santa Marta, en la adversidad como en la gloria, los triunfos de su idealismo nada tienen que desmerecer ante las conquistas del Héroe. Ubícase su grandeza dentro de esa recia contextura que delinea su espíritu democrático, porque los milagros de la voluntad son también las obras del pensamiento.

Y es ese mismo espíritu vigilante, ante el cual se rindieron siempre las glorias del soldado, quien enciende en el corazón del Héroe el gesto civilista que repulsa el proyecto monárquico de San Martín respecto del Perú. Surge entonces, en medio al epinicio de la celebridad, el mismo Grande Hombre que legisla en Angostura con la severa rectitud de un Licurgo, descifra arcanos en Casacoima y sublima su taumaturgia en Pativilca, porque así como el infortunio no menoscaba su abnegación, tampoco el lauro quebranta su firmeza.

El Protector era un convencido del postulado que defendía, y si bien es cierto que no es justo poner en entredicho su buena fe, ya que desde un punto de vista estrictamente político daba muestras de gran sagacidad, no podemos decir lo mismo en cuanto a sus estrategias como diplomático, porque de haber estudiado un poco antes la psicología del Libertador, fácil le hubiera sido ahorrarse, cuando menos, el disgusto de la Conferencia de Guayaquil. Lógicamente, el Caraqueño tenía derechos legítimos a esperar mejores resultados, ya que no beneficios, de sus desvelos de tantos años. LIBERTADOR O MUERTO era su divisa, y si la idea del Congreso anfictiónico, por incompatibilidad de regímenes, fué una quimera, su republicanismo estuvo siempre exento de vacilaciones y de dobleces.

No necesitamos hacer alarde de erudición ni recurrir a argucias anfibológicas, para demostrar una vez más su desinterés, decorosamente sostenido en todas circunstancias, a pesar de las incongruencias de su Constitución y de las desazones de la Dictadura. Sería candidez suma pretender, que una psíquis de suyo enérgica y autoritaria, con un aporte proporcional de influencia atávica y hábito de mando, fuese indiferente a los halagos de la fortuna. Ahora, lo inadjetivable en aquella naturaleza, tanto más grande cuanto más humana, es que colocado en la difícil situación de elegir entre la ambición y el deber, no apostatara de sus ideales.



IV

SELLADA la Independencia de América con la batalla de Ayacucho, cuando “el mundo de Colón dejó de ser español”, Bolívar llega a la plenitud de su gloria y es, según una expresión de Mitre: “el hombre más poderoso de la América del Sur y el verdadero árbitro de sus destinos”. El orbe entero, maravillado con sus triunfos, le aclama y reverencia. Las más conspicuas personalidades continentales conságranle tributos de admiración y de justicia como al hombre más grande de su tiempo. Su solo nombre en un símbolo de redención, y llevado por los ecos de la Fama recorre el mundo de un extremo a otro entre los salmos de gratitud de los pueblos oprimidos y el estupor de los esclavos del poder.

Era el hombre mimado de la fortuna, “hecho, como el fuego del cielo, para brillar entre las tempestades”, y al contrario de lo que ocurre con el común de los mortales, la apoteosis reajusta sus convicciones democráticas, y rechaza, con toda su anímica potencialidad, las tentadoras insinuaciones de Santander, de Sucre,

de Páez, de La Mar, que lo instan a que se corone, porque él estima en más su título de Libertador, y con sobrada razón temía, como le escribiera a su amigo Peñalver el año 22, "que las cuatro planchas carmesí que llaman trono cuesten más sangre que lágrimas y den más inquietudes que reposo". Ni de ningún modo había que esperar que fuera "como Sila, que cubrió de luto y de sangre a su Patria".

En el año 27 se inicia, en cambio, para Bolívar, el descenso de su estrella. Difícilmente logró salvar del caos de pasiones en que amenaza desorbitarse. Había conservado el mando contra todos sus deseos, posponiendo sus propios sentimientos a la salud de la República, como quiera que no podía escapar a la penetración del vidente de Casacoima la agudeza de aquel aforismo mesiánico de Carrión que él reproduce enfáticamente en su correspondencia para Santander: "Carrión decía que yo era el caduceo de Mercurio rodeado de serpientes amigas; pero que cuando faltase el caduceo todas se despedazarían". Por esto teme descender desde la altura en que la fortuna de su patria ha colocado su gloria, como él mismo afirma. Así se verá más tarde compelido a apoyar la justicia con la fuerza, y de poco valdrán entonces las virtudes del caduceo contra las chaturas pasionales de la mayor parte de sus subordinados, cuya

deslealtad concluiría por encender la hoguera en que tristemente iban a consumirse los laureles del heroísmo y el sacrificio.

Empero, “el hombre de las dificultades”, “irrevocable como el destino en los negocios de la disciplina”, se debe también al concepto histórico. Es la vida de su obra cuanto él ama en la obra de su vida. De tal modo que cuando la felonía, en contubernio procaz con la ingratitude, apróntase a destruirla, aún sabe mantenerse firme dentro del abnegado ideario que alentó su espíritu profético. Y a los abyectos venablos que van clavando en su ya exhausta naturaleza los mismos que débenle honra y prestigio, muestra, flanco propicio, el pecho desnudo e indefenso. Porque “no hay mayor pena que la de un gran iluso carente de ilusiones”.

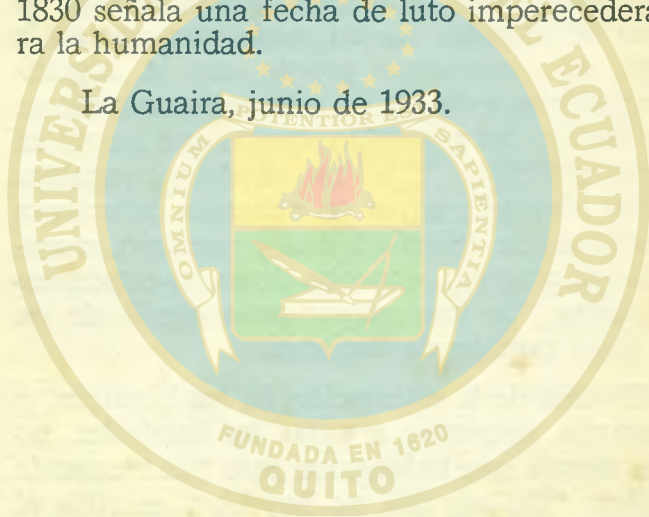
El vivía de la estimación de los hombres, y su corazón, propenso a todas las bondades, no puede menos que doblegarse ante tan tremenda sordidez. “No hay día, no hay hora, escribía al doctor J. M. del Castillo el año 29, en que estos abominables no me hagan beber la hiel de la calumnia. No quiero ser la víctima de mi consagración al más infernal pueblo que ha tenido la tierra: América, que después que la he librado de sus enemigos y la he dado una libertad que no

merece, me despedaza, diariamente, de un extremo a otro, con toda la furia de sus viles pasiones”.

Sepárase del mando, como expresa en su última proclama, cuando se persuade de que desconfían de su desprendimiento.

Se rinde al fin... Y el 17 de diciembre de 1830 señala una fecha de luto imperecedera para la humanidad.

La Guaira, junio de 1933.







ERA una mañana de sol radiante. Calor, movimiento, ruido de grúas en acción, calderas, motores, estrépito de silbos. Tráfago, humo, suciedad...

Era una mañana cualquiera del año de 1927. Reverberante, la canícula tropical caía a filo sobre los desvencijados muelles de la rada de Osorio, el fundador de la ciudad. Una apretujada muchedumbre contemplaba, desde un tiempo largo, el laboreo de práctico y boyeros para el atraque, en la hasta ayer nomás inglesa zona llamada con triste pompa nuestro primer puerto, de la nueva hermosa nave holandesa que lo visitara, surta en mares de Venezuela por la primera vez.

Desde tierra, hacia la línea de proa, en simpáticos caracteres, letras blancas sobre el fondo negro del barco, leíase el nombre de: SIMON BOLIVAR. Los colores rojo, blanco y azul de los príncipes de Orange, batíanse al tímido viento porteño, en franca algarabía, confundidos con el mirandino tricolor de Venezuela. A bordo, hora del desembarco, una animación inusitada,

respondida desde tierra con curiosidad e interés por aquel nombre viajero de la gloria sobre el noble pecho del vapor.

Quizás fueron después iguales todas las mañanas en el tiempo. Dos, tres, cinco, diez, doce años. Pero, de aquel día, sin otra singularidad que la primera visita del "Simón Bolívar", quedó latente en el recuerdo, la mirada fulgurante, que jamás se olvida, de aquellos ojos fijos, acorados, que vimos y nos vieron, impresos en la figura inconfundible, grácilmente tallada, del Libertador, proyectándose en el vestíbulo del buque de su nombre.

El cable ha difundido la noticia. El incendio que combustiona la Europa ha alcanzado a la nave de Bolívar. Y al retrotraer a la mente aquella imperceptible mañana guaireña, y evocar con pena sentida el agobio del pasaje antes risueño y sereno, con la risueña serenidad que pletoriza el mar, pavorizado de pronto por la celeridad de la catástrofe, ajena a toda humana previsión, nos preguntamos conmovidos: ¿qué sería del Bolívar de la nave?

Guardará quizás eternamente, desde el fondo del océano, siempre leal, en el panel donde su figura inconfundible dignificaba el barco de su nombre, junto con el ya ilustre descendiente de una raza de navegantes y artistas que lo co-



BIBLIOTECA GENERAL
UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
QUITO

92Bolivar

B689p

Pérez Sosa, Elías
El espíritu

del libertador

Nº DE
INSCRIP.

FIRMA

29-IV-23

Manuela H.

92Bolivar

B689p

Pérez Sosa, Elías

El espíritu del

del libertador

Para ilustrar su reciente libro "La Casa de Vargas", que es un apreciable estudio de investigación histórica biográfica del gran médico y patriota venezolano, el escritor Elías Pérez Sosa nos reconstituye la vida del puerto La Guaira en la primera mitad del siglo XIX. Unos deliciosos dibujos de Bellermann, pintor alemán que visitó Venezuela hacia 1840 y algunos de cuyos cuadros inspiraron a los litógrafos caraqueños de aquel tiempo, completan y dan color a la movida narración de Pérez Sosa. Estos grabados y la prosa del escritor venezolano nos echan andar por los románticos y estrechos callejones guaireños, descender por la famosa bajada de la Pólvora y por aquel ocre y convulsionado paisaje de rocas y rodados en que se encaja el río Osorio. Sentidas románticamente las láminas de Bellermann que ilustran muy justamente el libro de Pérez Sosa parecen a ratos estampas de Toledo. Para honor y prez de su ciudad, "La Casa de Vargas" Pérez Sosa escrito no sólo un interesante capítulo de la biografía del más ilustre de guaireños sino un amable y evocativo cuadro de la historia de nuestro querido puerto en aquella época que todavía la de los bergantines, de goletas cargadas del mejor cacao y mejor auit de Tierra Firme y de combates de nuestra guerra civil. Revista Nacional de Cultura, número 1939-Enero, Caracas-Venezuela.

Se terminó de imprimir este volumen en los talleres de la Litografía del Comercio, en Caracas, Venezuela, el 15 de diciembre de 1939.

